

DOMINGO MORATALLA, AGUSTÍN Y DOMINGO MORATALLA, TOMÁS, *La ética hermenéutica de Paul Ricoeur*. Editorial Campgraphic, Hermes, 2013, 156 pp.
ISBN: 978-84-96657-29-8.

El libro de los hermanos Tomás y Agustín Domingo Moratalla consta de tres ensayos previamente publicados —aunque ahora retocados—, centrados en la filosofía moral de Paul Ricoeur. La publicación inaugura una serie de trabajos que se editarán bajo el nombre de «Colección Paul Ricoeur», y que quiere conmemorar los cien años del nacimiento del filósofo francés.

El primero de los tres ensayos está escrito por Agustín Domingo y podría considerarse como un trabajo introductorio y general a la ética de Ricoeur. No solamente nos introduce en la hermenéutica o la filosofía en general de Ricoeur sino que hace un esfuerzo, a mi juicio bastante bien conseguido, por extraer de cada una de las etapas de su pensamiento las proposiciones éticas y pertenecientes a la filosofía moral.

Agustín explica a grandes rasgos la evolución intelectual del filósofo francés teniendo en cuenta a la ética como hilo conductor y mostrando cuáles son las fuentes más importantes de las que abreva: Husserl, Heidegger y Gadamer, así como el existencialista Gabriel Marcel. Explica la filosofía de la voluntad del joven Ricoeur de la que surge su postrera propuesta hermenéutica, a la que suele interpretarse de manera aislada y sin considerar estos primeros trabajos suyos. En concreto, la «filosofía de la voluntad», que no es otra cosa que una especie de fenomenología de la voluntad, contiene como en germen el espíritu de su ética hermenéutica. Así, es posible comprender la filosofía ricoeuriana como una filosofía dramática, que se hace cargo del drama del hombre concreto, puesto de relieve por el acto voluntario mismo, que es en donde cada uno de los seres humanos singulares se juega su propio destino. En este sentido, la ética de Ricoeur no será una ética abstracta, sino que buscará siempre dar cuenta del drama del hombre singular. Es de esta inquietud de donde surgirá más tarde, o desde

donde habrá que comprender, la idea de ética narrativa, la inserción de la narratividad en la ética. Éste es el primer paso de la renovación ricoeuriana en la filosofía moral, pues logra poner sobre la mesa, en el contexto del diálogo con las éticas modernas abstractas (como la kantiana) dar cuenta de la agonía existencial y de los enfrentamientos dilemáticos del hombre singular.

Agustín Domingo explica muy bien la función narrativa de la ética y en dónde reside el valor agregado de una ética de este talante: «en la narración se dan cita tres categorías importantes para la ética: el nivel textual donde opera la narrativa, la acción humana que es imitada en la narración y una historia que es lo que el relato narra» (p.35). La ética narrativa permite dar cuenta de un hecho objetivo que pide ser juzgado, del contexto en el que este suceso se da y de una forma o «logos» que el sujeto, en su narración, ha de ser capaz de encontrar para dar cuenta no sólo de la acción en general sino de su propia acción. Subyace, pues, a la ética narrativa, una antropología completa que Ricoeur tiene desarrollada en *Sí mismo como otro*.

La ética narrativa, o ética hermenéutica, permite descubrir varios aspectos del sujeto racional: que permanece a través del paso del tiempo, su capacidad de prometer, el valor de una vida examinada, una correlación entre acción y personaje (o entre acto y persona), y permite también introducir el problema del reconocimiento y la intersubjetividad como un problema central en el campo de la ética.

El segundo ensayo, ya a cargo de Tomás Domingo, se centra en las ideas de «reconocimiento» y de «estados de paz». Este trabajo tiene la rara virtud de recordar que la filosofía de Ricoeur no solamente viene de sus grandes y más famosos maestros sino que filósofos como Jean Nabert, Jules Lachelier o Jules Lagneau también influyeron de manera importante en la fragua de sus ideas. Este segundo ensayo se centra, sobre todo, en el libro *Caminos del reconocimiento*, pues tiene como intención primordial señalar que la filosofía ricoeuriana es una filosofía de corte existencial que permite hablar de temas como el perdón y la

reconciliación, abandonando así las filosofías fundamentadas en antropologías de conflicto que tanto abundaron en la Modernidad, encarnadas sobre todo por Hobbes y por Hegel.

Según Tomás Domingo, hablar de hermenéutica es ya hablar de reconocimiento, que es precisamente lo que falta cuando hay malentendidos, desprecio y desconsideración; cuando hay violencia. El reconocimiento, en tanto concepto general, puede referirse a tres niveles diferentes de acción y que van de lo activo a lo pasivo: 1. reconocimiento como identificación de algo, 2. reconocimiento como identificación de mí mismo y 3. reconocimiento de mí mismo por otro. Ricoeur busca replantear la idea de reconocimiento desde una perspectiva alejada de la tutela de la teoría del conocimiento, que es lo que a su juicio provocó que surgieran las filosofías basadas en el conflicto. La fuente primordial de esta idea en Ricoeur está, a juicio del profesor Tomás Domingo, en su apuesta por la fenomenología. Si las raíces modernas de Ricoeur las encontramos en Descartes y en Kant, ninguno de los dos fue capaz de hablar del mundo sin objetivarlo y convertirlo en un lugar de dominio. No así la fenomenología, que pudo dar cuenta de los diferentes modos de ser-en-el-mundo, y por los que el yo concreto aspira a ser reconocido en dos sentidos: como actuante y sufriente; y como protagonista de un drama.

Desde esta idea Ricoeur se inserta así en una discusión «neoristotélica» que hace surgir la ética por las capacidades que el yo tiene de actuar en el mundo. Tomás Domingo resalta cinco capacidades importantes: a) decir, b) obrar, c) narrar, d) ser responsables y e) recordar y prometer. Con estas capacidades surge la idea de «responsabilidad» ya no solamente como «imputabilidad» sino como «hacerme cargo del otro», lo que abre por fin la puerta a la idea tan querida y tan original de una ética como «camino de paz», que es, a juicio del profesor Domingo Moratalla, lo más interesante de Ricoeur sobre todo desde la publicación de *Sí mismo como otro*.

En la idea de los «estados de paz» hay una benevolencia vinculada a la similitud

entre los seres humanos y que es más fundamental aún que el conflicto que pueda surgir ulteriormente. La lógica del don que se sitúa por debajo de todo otro intercambio y como fundamento de él es lo que hace posible que surja una esperanza capaz de replantear la ética en general y la vida política en particular. Así es como adquiere importancia también la idea de «traducción» que, aunque siempre será una traducción incompleta, se plantea como tarea de toda labor filosófica y de toda labor humana: trasladar los significados y los sentidos de un lugar a otro, de una persona a otra, para entendernos y poder comunicarnos, para tender puentes, para poder alcanzar el mínimo de justicia que toda ética y toda exigencia moral auténtica persigue.

El tercer y último trabajo, también a cargo de Tomás Domingo Moratalla, se centra en la bioética de Ricoeur, así como en sus aportaciones más importantes al campo de la ética médica. El comienzo de este ensayo resulta, al considerar los otros dos trabajos, ligeramente repetitivo porque al contextualizar las aportaciones ricoeurianas al campo de la bioética vuelve sobre la ética general de Ricoeur, que ya había sido explorada en los dos trabajos anteriores. No obstante, en su segunda parte, es este ensayo también el más original del libro pues, al ser un trabajo más especializado, tiene más que decir que ser solamente una introducción al pensamiento del autor.

La idea fundamental desde la cual Ricoeur fue capaz de ofrecer un aporte significativo al ámbito de la bioética es la transformación de la ontología: de una ontología sustancialista a una ontología del desarrollo: «la bioética es, y no puede no serlo, cuestión de juicio prudencial; se mueve entre la descripción y la apreciación, es decir, es juicio moral en situación» (p.130). Una ontología sustancialista no permitiría dar cuenta de los problemas específicos de la bioética porque la vida humana es ella misma un proceso, y no un proceso simple, sino un proceso que ha de ser narrado y siempre considerado en su situación histórica. En esa medida era necesaria una ontología del desarrollo que tomara el movimiento y el tiempo como categorías

fundamentales para comprender la vida humana y desde ahí poder formular juicios éticos sobre ella.

Después de explicar en términos generales cómo considera Ricoeur la ética y cómo se subdivide ella en una fundamental y una regional, Tomás Domingo aclara que la bioética estaría dentro de las éticas regionales, al encargarse de un tema específico y particular. Y es aquí en donde, a mi juicio, están las páginas más interesantes del libro porque se hace énfasis en el sufrimiento como el gozne que existe entre el paciente y el médico, y como la experiencia que provoca el surgimiento de la vida humana como un problema ético. Es en lo que Ricoeur llama «el pacto de cuidados» (la relación que se establece entre el médico y el paciente) que la vida humana está en juego, pues tanto un participante como el otro tienen expectativas y capacidades, así como alternativas sobre las cuáles elegir. La vida, en el límite que plantea el sufrimiento, se interpreta como un problema dejando en claro ya no solamente su delicadeza sino también su sacralidad, pues no da lo mismo qué sea lo que se haga y de qué modo se dé la relación entre el paciente y el médico. A este respecto son muy interesantes, como instrumentos explicativos, los cuadros que aparecen entre las páginas 143 y 144, pues ilustran de manera muy esquemática en dónde está el nudo gordiano de la bioética.

Hacia el final del trabajo se presenta el acto de decisión en el diagnóstico y en la práctica médica como un acontecimiento que no es del todo explicable por el proceso deliberativo. Es decir: cuando se presenta un problema médico y tanto el paciente como el médico han de tomar alguna decisión de importancia, hay un proceso racional deliberativo previo, en el que se ponen en juego todas las capacidades de la ética hermenéutica: la narratividad, la promesa, la responsabilidad, la capacidad de recordar y de obrar. Sin embargo, es imposible que, en el momento de tomar la decisión, se tengan perfectamente controladas todas las posibilidades porque la vida humana siempre tiene una dimensión de misterio que es imposible de ser capturada en pleno y totalmente a las claras por la razón humana.

Así, parecería ser que la hermenéutica ha de admitir un momento no-hermenéutico en el proceder ético de la vida humana, un elemento de riesgo que manifiesta la libertad como irreductible a todo proceso de control racional e interpretativo. Así, se muestra en el acto de decisión la fragilidad humana y su necesidad de salir de sí misma hacia los demás para recibir ayuda e iluminación en el diálogo con ellos y en la aventura de lo que significa tomar a cargo la propia vida.

El libro de los hermanos Domingo Moratalla es valioso, a mi juicio, porque funge como una introducción general a la obra de Ricoeur. No obstante esta claridad en el objetivo del libro, me parece que por momentos es difícil encontrar su lugar adecuado dentro de la investigación y las publicaciones filosóficas pues, precisamente por su carácter introductorio y su uso del lenguaje técnico no queda claro cuál es el público más adecuado: si el neófito o el especialista. Con todo, el libro tiene la virtud de conducir al lector de lo general a lo particular y de lo menos a lo más interesante, pues el capítulo sobre bioética logra sintetizar, a la vez que hacer comprensible en un caso concreto, la filosofía hermenéutica de Ricoeur que se ha explicado en las páginas anteriores.

Por tratarse del primero de una colección y de una serie de publicaciones que conmemoran el centésimo aniversario de Paul Ricoeur, vale la pena hacer algún apunte sobre el trabajo editorial mismo. Como resultado de un proceso de diseño editorial, el libro y la colección han resultado atractivos. Sin embargo, la cantidad de erratas llega, en algún momento, a hacer difícil la lectura y la comprensión de algunos pasajes. No obstante estas dificultades con las que se encuentra toda empresa editorial que inicia —y por otra parte mucho menos importantes que el contenido mismo del libro—, esperamos con curiosidad y expectativa los próximos volúmenes de la colección, que promete convertirse en un referente de la investigación en español sobre Paul Ricoeur. — DIEGO I. ROSALES MEANA